

Actas de las Jornadas de Historia sobre el Descubrimiento de América

Tomo II. Jornadas IV, V y VI
2008, 2009 y 2010
“Casa Martín Alonso Pinzón”
Palos de La Frontera

Excmo. Ayuntamiento de Palos de la Frontera
UNIA_Sede Santa María de La Rábida



La carta de Juan de la Cosa. Logos y mitos. Sueños y realidades

Luisa Martín-Merás Verdejo

Directora Técnica del Museo Naval de Madrid

Introducción

Tendemos a pensar que el conocimiento empírico de la geografía se produjo como una eclosión científica y no como un lento desarrollo que fue sustituyendo a los mitos que pervivían en la geografía clásica y medieval. Sólo lentamente los hechos probados por la experiencia fueron disipando las nociones míticas de la geografía y de su inseparable compañero, el mapa, y siendo sustituidas por los descubrimientos geográficos hasta configurar el mundo que conocemos como un lugar familiar y habitable¹.

Desde finales del siglo XV, con motivo de los descubrimientos geográficos de portugueses y españoles, la geografía y los mapas se colocaron entre las primeras ciencias empíricas de la edad moderna y fueron considerados como ejemplos pioneros de una nueva producción científica.

A pesar de lo antedicho tenemos que subrayar la asombrosa pervivencia de la geografía popular, llena de mitos geográficos medievales o derivada de fuentes cristianas que conviven con la geografía empírica y en muchos casos sobreviven al descubrimiento del Nuevo Mundo, siendo una decisiva motivación para el descubrimiento y colonización de América.

La geografía mítica comienza con la *terra incógnita* de Ptolomeo, una formidable área terrestre que limita el mundo conocido por todas partes. Continúa en la Edad Media con una proliferación de fantasías y sueños proyectados más allá del Océano o Mar Tenebroso, que se suponía rodeaba las partes habitables de la tierra. Siendo todos estos conceptos notoriamente vagos, tendían a deslizarse por los mapas de una manera asombrosa, de manera que prevalecía una tradicional confusión. Mientras que la zona del Mediterráneo era conocida desde griegos y los romanos y representada de una manera clara por la cartografía mallorquina e italiana de los siglos XIII y XIV, el resto del mundo se difuminaba en una masa amorfa a medida que se distanciaba de esa zona geográfica.

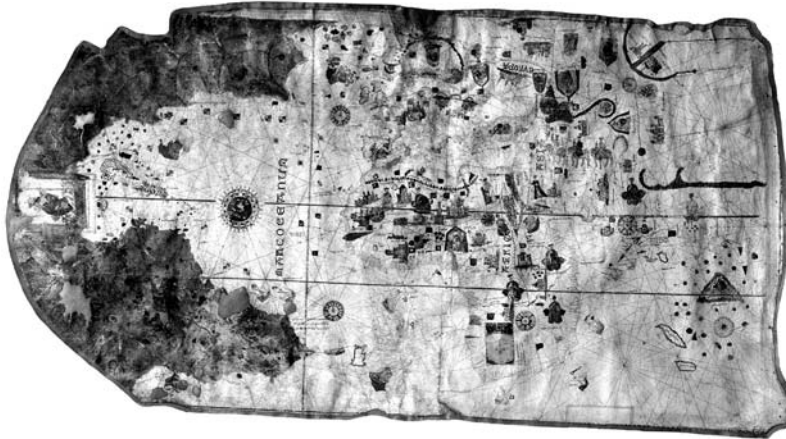
¹ Goldstein, Thomas, *The myth of the Indies and the discovery of the New world*, Coimbra: Centro de estudios de cartografía antigua, 1981, CXL.

Asia y África en particular formaban una masa indiferenciada que dominó el pensamiento geográfico hasta el final del siglo XV, cuando se iniciaron los descubrimientos portugueses. En concreto el término India, colocado en el Este de Europa, se aplicaba a diversos lugares geográficos con diversas connotaciones. Encontramos la India de Egipto, India etiópica y la tendencia a mover Asia central hacia la India. Esta exótica área afro-asiática aparece profusamente poblada con extrañas razas que no descienden de Adán, con figuras religiosas y reyes exóticos en suntuosos tronos y en tiendas de campaña, y con misteriosas ciudades. Oriente ha jugado un papel importante en la cultura medieval y renacentista. La tierra prometida de Moisés, Jerusalén, el Paraíso Terrenal del que salían cuatro ríos, los Reyes Magos etc. estaban localizados en el oriente, que era la meta de los peregrinos que iban a Tierra Santa, de los comerciantes italianos, ávidos de las especias, y de los monjes que querían evangelizar esas tierras.

La Carta de Juan de la Cosa

La Carta de Juan de la Cosa es como dijo Humboldt es: *“el más interesante bosquejo geográfico que nos ha legado la Edad Media”*. Efectivamente así es, pues como vamos a ver ahora, encontramos en ella un porcentaje elevado de concepciones geográficas medievales, juntamente con algunos descubrimientos que cambiaron la faz de la tierra y que abrieron la puerta a la geografía moderna.

La carta no es planisferio donde la superficie terrestre está representada en un plano con una proyección determinada, como el de Ptolomeo, sino una carta universal, recordemos que el autor escribió la fizo, como las que más adelante conformarían el padrón real de la Casa de la Contratación de Sevilla.



Carta de Juan de la Cosa.

Ya han hablado otros conferenciantes sobre la figura de Juan de la Cosa por lo que no me voy a detener en él. Solamente apuntar que probablemente la finalidad de la carta era mostrar las tierras descubiertas, poniéndolas en relación con el mundo conocido. Si aceptamos esta consideración lo más probable es que la carta fuera hecha para que el todopoderoso arzobispo Fonseca, encargado de organizar los viajes a las Indias, pudiera mostrar a los Reyes Católicos una visión global de los descubrimientos. Siguiendo con esta argumentación parecería lógico que la exhaustiva información que contiene la carta, tanto en América como en África se la haya proporcionado al cartógrafo el arzobispo pues resultaría un tanto difícil para Juan de la Cosa allegar tanta documentación de primera mano en tan poco espacio de tiempo como dispuso para realizarla.

Todo esto no ensombrece la consideración de buen cartógrafo del santoñés pues no hay que olvidar que la carta está firmada y datada, cosa no muy corriente en la época, donde la autoría no era fundamental; por otra parte fue elegido por Fonseca para hacerla cuando estaban todavía vivos y, algunos en Sevilla, todos los primeros descubridores algunos con fama de cosmógrafos como Vespucio, Díaz de Solís, Vicente Yáñez Pinzón, Andrés de Morales, etc.

Semejanzas estilístico-geográficas con la cartografía mallorquina

Nos encontramos con una carta representativa de la cartografía náutica mallorquina que participa de esta escuela en la misma manera de representar el mundo conocido hasta entonces, aunque el ámbito de la cartografía mallorquina era fundamentalmente el Mediterráneo y el portulano tipo abarcaba el mundo conocido desde el tiempo de los romanos y griegos, y sobre todo, el mar donde estos pueblos realizaban su comercio y, en ese sentido permaneció inalterable.

Los rasgos característicos de la escuela mallorquina están presentes en la carta:

1. Toponimia perpendicular a la costa, rotulado en rojo los topónimos más importantes.
2. Leyendas con informaciones útiles al comercio.
3. Ornamentación profusa con banderas de los distintos países, reyes, animales y perfiles de ciudades.
4. Representación orográfica del monte Atlas en forma de palmera.
5. El Mar Rojo en ese color por influencia judía.
6. El río Tajo en forma de bastón rodeando la ciudad de Toledo.
7. Los Alpes en forma de pata de ave.
8. Decoraciones religiosas en la parte izquierda del portulano entre las que predomina la Virgen y el Niño.
9. Los mares interiores con rayas onduladas y las barras de la corona de Aragón cubriendo la isla de Mallorca².

² Para más información consultar la obra básica sobre este tema de Rey Pastor, J., y García Camarero, E., *La cartografía mallorquina*, Madrid: CSIC, 1960.

La representación cartográfica de Europa en tiempos de la Carta de Juan de la Cosa

Se observa en la delineación de la carta la abundante información geográfica de la zona que abarcaban los portulanos, esto es Europa y la cuenca mediterránea. El trazado de Europa tanto en la carta como en los portulanos a los que sigue, está basado en el conocimiento proporcionado por los marinos mediterráneos, especialmente españoles e italianos, que iban a Flandes y a los puertos ingleses al comercio de la lana. Este comercio empezó en 1262 y el de los ingleses en el Báltico en 1310.

La representación de Inglaterra, con Escocia separada por un canal, fue fijada en el siglo XIV y repetida en todos los portulanos hasta el XVI. Esta representación procedía de las noticias de Ptolomeo, lo mismo que la isla de Thule y otras islas imaginarias alrededor de Irlanda.



Europa en la Carta de Juan de la Cosa.

En Europa no aparecen por lo general las figuras de los reyes para identificar un país ni de animales, sólo de ciudades costeras; generalmente Lisboa, Málaga y Barcelona, Marsella,

Génova, Venecia, Ragusa (actualmente Dubrovnik), Constantinopla (actualmente Estambul) Alejandría, Túnez, Argel y Ceuta en África. Están colocadas paralelas a la costa y de frente al mar, por lo que algunas aparecen invertidas desde el punto de vista del observador de la carta pero no del marinero que las veía desde su embarcación.

Aunque en las cartas portulanas las ciudades pueden estar representadas convencionalmente, no es ese el caso de las muy conocidas o significativas. En Lisboa el castillo de San Jorge constituye su seña de identidad. Barcelona aparece muy bien representada en una vista elevada con la gran montaña de Montjuic a la izquierda, rematada por su torre de señales. Génova, que enarbola la bandera de San Jorge sobre una gran cúpula, es fácilmente reconocible por su cala de Grazie coloreada en azul. Venecia, con la bandera del león de San Marcos sobre la basílica del mismo nombre y la laguna en azul, constituye una imagen muy bella. Ragusa (Ragosa), que tuvo una relación muy estrecha con la república veneciana y que participó con ella en la batalla de Lepanto en 1571, tenía en el siglo XV un consulado catalán. Los minaretes de las mezquitas tanto en azul como en rojo, además de las banderas, parecen ser las señas de identidad de las ciudades de África.

La técnica decorativa de las cartas portulanas era igual a la utilizada para la iluminación de manuscritos en la Edad Media, pues a veces los autores son los mismos y sus métodos idénticos. Se conservan algunos tratados sobre las técnicas de reproducción y podemos comprobar que estos mapas participaban de convenciones heredadas de los mapas romanos como son: el uso del azul y verde para dibujar los mares y ríos, el Mar Rojo siempre en ese color con la indicación del paso de los israelitas, las ciudades representadas por grupos de edificios, las montañas por cadenas de curvas o de forma pictográfica, y las selvas, a menudo coloreadas en verde, indicadas por grupos de árboles. Estas convenciones representativas han pervivido al menos durante seis siglos.

El conocimiento de las regiones de Europa del norte en la Antigüedad y Edad Media venía proporcionado por las conquistas de las legiones del Imperio romano y éstos no mostraron gran interés por explorar más allá de sus fronteras. Después de la caída

del Imperio romano, los pueblos que ocuparon su lugar tampoco se interesaron por el conocimiento de su entorno geográfico, si exceptuamos a los árabes, que tanto en sus conquistas como en sus transacciones comerciales, demostraron un conocimiento geográfico plasmado en excelentes trabajos. Pero podemos considerar poco importante la influencia de los árabes en la cartografía náutica medieval.

La representación cartográfica de África en tiempos de la Carta de Juan de la Cosa

Toda la información de las costas de África que encontramos en la carta procede, en mayor o menor medida, de los portugueses que la habían explorado unos años antes. En la Carta de Juan de la Cosa, África tiene una orientación norte sur a diferencia de otras cartas anteriores que aparecen con inclinación noreste-sudeste ya que Ptolomeo la concebía formando parte de Asia para hacer del Índico un mar cerrado.



África en la Carta de Juan de la Cosa.

La costa occidental africana alcanza una notable perfección que va disminuyendo en el trazado de la costa oriental que acababa de contornear Vasco de Gama en su viaje a la India de 1497-1499. Vasco de Gama pasó el cabo de Buena Esperanza en 1497 pero las deformaciones la costa oriental africana provienen del trazado que hicieron los pilotos portugueses sobre todo desde Mogadiscio cuando perdieron de vista esa costa para ir a Calicut y obtuvieron informaciones proporcionadas por los habitantes africanos que en algunos casos no entendieron. Encontramos un recuadro vacío en el Sur de África que debía tener un escudo de Portugal pero que ha debido despegarse y al lado una explicación que dice: *“Hasta aquí descubrió el excelente rey D. Juan de Portugal”* en referencia al viaje de Bartolomé Díaz.

Sin embargo el interior de África era desconocido en aquella época, por lo que aparece lleno de reinos imaginarios y soberanos míticos entre los que se encuentran el preste Juan de la Indias y la reina de Saba, que reinaba en las tierras de Ofir y Tarsis de donde se trajo Salomón el oro para construir el templo. La leyenda del Preste Juan de las Indias se remonta al siglo XII y tuvo una pronta trasposición a la cartografía. Se decía que en algún lugar más allá de Asia reinaba un rey cristiano de gran poder y riqueza, llamado preste (presbítero) Juan que podría ayudar a los reyes cristianos europeos. Esta leyenda se extendió por Europa, reforzada por una falsa carta que el preste Juan habría enviado al emperador de Bizancio, dándole cuenta de su profundo cristianismo y de las riquezas de su imperio que se extendía por las “tres Indias” a través del desierto hasta el lugar donde nace el sol y por el desierto de Babilonia hasta la torre de Babel.



Preste Juan según la Carta de Juan de la Cosa.

A causa de estas noticias tan atractivas el papa envió misioneros a buscarle y el rey de Francia embajadores, pero ninguno de ellos encontraron ni al rey ni lo que es más importante riqueza alguna. Cuando regresó Marco Polo de su viaje a oriente relató que efectivamente había existido el preste Juan pero que había sido vencido por las fuerzas militares de Gengis Khan y que su reino estaba ahora en las manos de este conquistador.

Las escasas informaciones sobre África provenían de los mapas de Ptolomeo y de la mitología cristiana. Las fuentes del Nilo, que no se descubrieron hasta el siglo XIX, admitían toda suerte de interpretaciones. El río del Oro (Níger) en su curso hasta el mar, salía de un lago interior que también le suministraba agua al Nilo y que llevaba a las minas de oro de Guinea. El Nilo se bifurcaba en un tercer brazo o río que desembocaba en el sudoeste de la costa de África. A medida que las tierras eran menos conocidas crecían los elementos fantásticos que albergaban; en África había hienas cuya sombra dejaba mudos a los perros; en Libia una bestia, parecida a un cocodrilo, se arrastraba por la tierra con sus patas traseras mientras sus patas delanteras eran como aletas de tiburón. Las hormigas a lo largo del río Níger eran tan grandes como mastines y las aguas de ese río hervían por el excesivo calor de la tierra. Las fantasías sobre África pervivieron hasta principios del siglo XIX

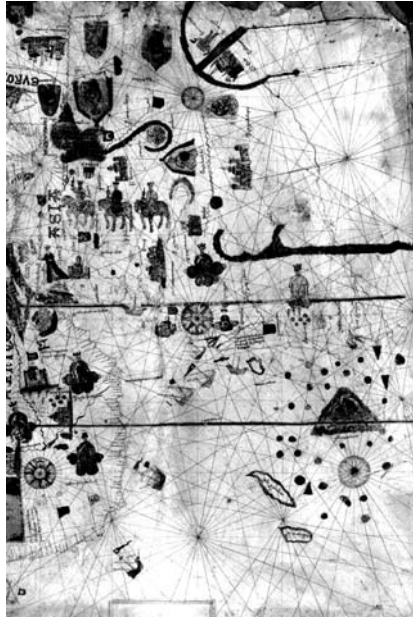
debido a que al interior del continente no fue explorado hasta dicho siglo.

La representación cartográfica de Asia en tiempos de la Carta de Juan de la Cosa

La idea del mundo que tenían los cosmógrafos de la Antigüedad y Edad Media era fundamentalmente la de una gran masa de agua que rodeaba a los tres continentes conocidos, Europa, Asia y África; la idea de los antípodas o habitantes de la parte opuesta a estos continentes estaba en continua controversia en el mundo científico.

El occidente europeo, con el eclipse de los conocimientos de Ptolomeo, cayó en la creencia de que toda búsqueda científica era completamente irrelevante y podía conducir al paganismo; así pues, durante centurias, el pueblo estuvo acallado con cuentos y leyendas sobre tierras donde existían los grifos y los hombres sin cabeza, monos con cabeza de perros y pájaros que brillaban en la oscuridad.

Gaius Julius Solinus fue un gramático latino del siglo II de nuestra era que copió la Historia Natural de Plinio el viejo; su libro, divulgado en el siglo VI bajo el nombre de Polyhistor, fue determinante en la cartografía medieval y su influencia se puede rastrear hasta el siglo XVIII. Solinus añadió a la obra de Plinio algunas nociones de geografía y muchas leyendas y fantasías, de manera que llegó a ser uno de los libros más leídos de la Edad Media. Su geografía está plagada de hombres mitad caballos, otros con orejas tan grandes que les cubrían por entero con lo que no necesitaban ropa, cazadores con un sólo ojo y otros pueblos que bebían hidromiel en los cráneos de sus antepasados. Más allá de Asia había abundantes minas de oro y piedras preciosas, custodiadas por grifos. En la India había hombres con un sólo pie, pero con la pierna tan larga que, cuando la doblaban les servía de parasol. La influencia de la obra de Solinus aparece muy frecuentemente en los mapas medievales y durante muchos siglos ni los exploradores ni los estudiosos se atrevieron a someter a examen sus teorías.



Asia en la Carta de Juan de la Cosa.

Isidoro, obispo de Sevilla en el siglo VII, compiló todo el saber de su tiempo en una obra llamada Etimologías. Apoyándose también en las Sagradas Escrituras dividió la tierra en tres partes, en cada una de ellas estaba localizada la raza descendiente de uno de los hijos de Noé. El Paraíso estaría colocado en Asia que era la tierra legendaria de las especias, de las grandes riquezas y era la fuente de la luz de la mañana. En Asia, según el Génesis: *“Dios plantó un jardín al este del Edén donde colocó al hombre que había formado”*; en el Paraíso había una fuente de la que salían cuatro ríos. En un pequeño mapa que incluía en su libro colocaba el Paraíso en la parte más lejana de Asia, separado del género humano por una pared de fuego. La cartografía medieval colocaba invariablemente el paraíso en Asia, siguiendo a Isidoro o en una isla en el este de Asia.

Durante la Edad Media se tenía por cierta la existencia del Paraíso Terrenal en algún lugar no bien determinado, pero en todo caso hacia Asia. Algunos pensaban que se encontraba más allá del océano y que era inalcanzable; otros se dedicaron a buscarlo con ahínco como hizo San Brandan, según una leyenda del siglo

VI. Este era un monje irlandés al que un ángel se le apareció en un sueño y le prometió que encontraría el Paraíso. San Brandan se embarcó con 60 monjes hacia el oeste y durante los cinco años que estuvieron en el mar vieron muchos prodigios: un palacio donde habitaba el demonio, una isla donde vivían con forma de pájaro los ángeles caídos, una isla de humo y fuego, un templo de cristal emergiendo del mar y un dragón que comía fuego. Finalmente encontraron una isla donde vivía un hombre santo a la que llamó “La tierra prometida de los Santos” o el Paraíso. La leyenda de San Brandán está reseñada en los mapas desde 1200 y pervivió durante muchos siglos, colocada siempre en el Atlántico, unas veces al lado de las Canarias y las Azores y otras veces en una latitud superior a la de Irlanda.

Todas estas leyendas estaban vigentes en el siglo XIV y fueron recogidas en los Viajes de Juan de Mandeville, libro muy leído en su época y que influyó decisivamente en todos los descubridores; en él contaba todas las maravillas que había visto en sus viajes y todos los cuentos que había recogido en ellos como si fueran hechos reales, algunos de los relatos procedían de Solinus. Mandeville consideraba que la tierra era redonda y colocada por Dios en el medio del firmamento. Sobre el Paraíso, aunque no había estado en él, oyó decir que estaba en la parte más alta de la tierra desde donde se puede tocar el círculo de la luna y adonde no llegó el diluvio; en lugar de estar rodeado por una pared de fuego, como explicaba Isidoro, la pared estaba cubierta de musgo y los cuatro ríos del Paraíso eran el Ganges, Nilo, Tigris y Éufrates. En el norte de Asia existía una tierra rodeada de grandes muros donde estaban Gog y Magog que, según la profecía, algún día romperían los muros donde estaban encerrados e invadirían la tierra. El espectro de estos enemigos que asolarían la tierra se encuentra en la literatura judía, coránica y cristiana. Los muros, llamados Puertas Caspias, habían sido construidos por Alejandro el Magno que los había encerrado en ellos junto con 22 pueblos inmundos, cuando conquistó el Asia.

La amenaza de que se vinieran abajo estos muros y permitieran salir a las hordas malignas pervive en la literatura medieval de tal manera que incluso Roger Bacon en el siglo XIV recomendaba estudiar geografía para adivinar por donde se produciría la invasión. En los mapas medievales Gog y Magog

están representados como dos gigantes en la costa norte de Rusia. Algunos autores identifican esta leyenda con las noticias que llegaron a Europa sobre la gran Muralla China y a Magog con el Anticristo.

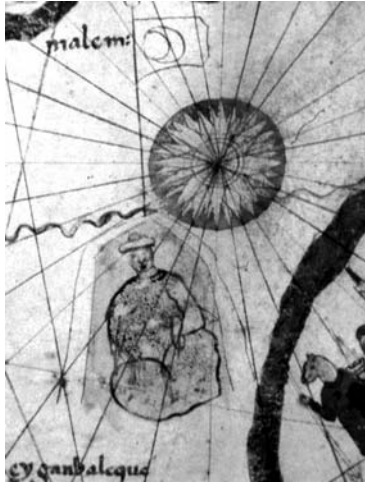


Gog, Magog y las Puertas Caspias.

El incremento del comercio y los viajes por Asia en busca de las riquezas de Catay y del preste Juan proporcionaron noticias ciertas sobre estas tierras míticas, pero estas noticias no debieron llegar a los cartógrafos de la época o no les dieron el crédito necesario pues la geografía fantástica de Asia siguió presente en los mapas, aunque en la Carta de Juan de la Cosa, el reino del preste Juan aparece colocado en África, concretamente en Etiopía.

Las informaciones sobre Asia, antes del siglo X, llegaron a Europa a través de viajeros ocasionales, principalmente mercaderes y sobre todo, a través de los árabes. Pero a partir del siglo XIII, el aporte de datos sobre la distribución de las tierras asiáticas y su comunicación con el viejo mundo se produjo a través de las embajadas al Asia Central del rey de Francia y del Papa y por las empresas comerciales de las ciudades italianas. En este sentido el viajero por excelencia fue Marco Polo, que estuvo 17 años en el reino de Kublai Khan y que a su vuelta, estando en una prisión genovesa, dictó el relato de sus viajes a Rusticello de Pisa, su compañero de celda. Este relato circuló rápidamente en varios idiomas y fue editado 5 veces en el siglo XV. Sus noticias son las primeras fidedignas que recibieron los europeos de las ricas y vastas regiones del Oriente asiático. En su libro establece el curso

de los ríos, explica que la isla de Cipango se encuentra más allá de las costas de Cathay; confirma que todo el continente asiático, desde Cipango hasta Suez, está rodeado de agua y proporciona noticias, obtenidas de marineros y mercaderes, de las islas de los mares de China e India tales como Cipango (Japón), Java, Sondur y Condur (islas de Pulo Condor), Pentam (Bintang, en el estrecho de Malaca), Java Minor (Sumatra), Necuveran, Angamanan, Ceylan, Madagascar, Zanzibar etc.



Reino de Kublai Khan.

La contribución de Marco Polo a la geografía no se ha ponderado bastante; su descripción de las ricas regiones que recorrió, motivó directamente el viaje de Colón y todos los deseos de aventuras que nutrieron a los hombres de los siglos XV y XVI.

Hasta que los portugueses no confirmaron estas novedades geográficas en sus viajes de descubrimiento, su viaje no mereció verdadero crédito. No ocurrió igual con el público no especializado, que aceptó sus relatos como una revelación y que adquirió el gusto de la aventura a través de ellos.

En la carta, debajo de la península indostánica encontramos una nota que dice: Tierra descubierta por el rey D. Manuel, rey de Portugal, en referencia al viaje de Vasco de Gama (1497-99).

La representación cartográfica de las islas atlánticas en el siglo XV

Los portulanos de los siglos XIV y XV abarcaban no sólo las islas Canarias, Azores y Madeira, sino también una serie de islas fabulosas en el Atlántico, cuyos nombres encontramos repetidos en América, pues los conquistadores llevaron consigo junto al deseo de riquezas, sus fantasías geográficas. Entre ellas estaba la ínsula de Brasil, colocada unas veces al O. de Irlanda y otras al lado de las Azores, que según la leyenda no podía ser vista más que por los elegidos. A menudo la circunferencia de la isla parece estar trazada con un compás y en su interior suele haber un gran lago rodeado de islas. Otras veces está dividida en dos por un estrecho. La isla aparece en algunos portulanos, pero muchas veces se omite la designación ínsula de Brasil. Al sur de esta isla y más cerca de la tierra irlandesa suelen dibujar otra isla, la ínsula de Mam o isla de Mayde. Al sur de la isla de Mam colocan una gran isla que es llamada Antillia y que alterna su lugar, como la de Brasil; bien, cerca de Irlanda, bien al lado de las Azores. La isla de Antillia se consideraba la isla de las siete ciudades, adonde habría llegado en el siglo VIII el obispo de Oporto con otros seis obispos portugueses, huyendo de los moros y donde habría fundado siete prósperas ciudades.

La isla de San Brandán aparece casi siempre encima del Ecuador, aunque también está situada en algunos mapas cerca de Irlanda. Su existencia se debe a una leyenda sobre el viaje de unos monjes irlandeses del siglo VI. Otras islas míticas son: Drog, Escotiland, Frisland, Icaria, Thule, etc. Estos territorios fantásticos permanecen en la cartografía hasta un siglo después del viaje de Colón y los descubridores creyeron ver algunas de sus míticas cualidades en las nuevas tierras que iban encontrando.

La representación de las tierras descubiertas y las ideas geográficas de Colón

En oposición con los planes portugueses que pensaban llegar a la India costeano África, pues según Ptolomeo este continente no llegaba más que 15° al sur del ecuador y se extendía muy al este, Colón construyó otra teoría e intentó proveerla de un aparato científico para poderla vender a los gestores de los descubrimientos que se la debían financiar.

El plan de Colón tenía dos enunciados:

1- Si la tierra es esférica, navegando hacia occidente se puede llegar a oriente.

2- En pocos días y apoyándose en ciertas islas que hay por el mar, es posible llegar a la tierra de las especias antes que los portugueses. Este era entonces un pensamiento geográfico comúnmente aceptado, potenciado por la noción de la esfericidad terrestre. Sin embargo, no había producido inmediatas consecuencias prácticas por la fuerza de los prejuicios que negaban la posibilidad de navegar hacia occidente. El Atlántico seguía siendo el “mar Tenebroso”, lo desconocido, sin caminos.

Para evaluar la extensión de la *ecúmene* o tierra conocida en grados, Colón tenía los mapas derivados de la *Geographia* de Ptolomeo y el mapamundi de Toscanelli, que seguía a Marco Polo en todo lo relativo al Gran Khan, a la tierra firme asiática (Catay, Mangi y Ciamba) y sobre todo el Cipango, isla distante 1500 millas de la tierra firme asiática y famosa por su riqueza. Polo había añadido 30° de longitud a la medida dada por Ptolomeo al extremo oriental de China. Por tanto Colón consultó muy pronto la *Geographia* de Ptolomeo para conocer las teorías de Marino de Tiro que creía que la parte habitada era de 225° y el mar muy pequeño. Esta idea estaba más acorde con el pensamiento de Colón que sin embargo añadió a la medida de Marino otros 45° de extensión, lo que le daba una *ecúmene* de 270° y un océano de 90°, mientras Toscanelli consideraba que la distancia de Lisboa a Cipango era de 130° de la esfera terrestre. Aunque el sabio florentino señalaba que había muchas islas en medio, la empresa resultaba muy difícil, por lo que los portugueses, tras estudiar el plan de Toscanelli, lo habían ya rechazado anteriormente.

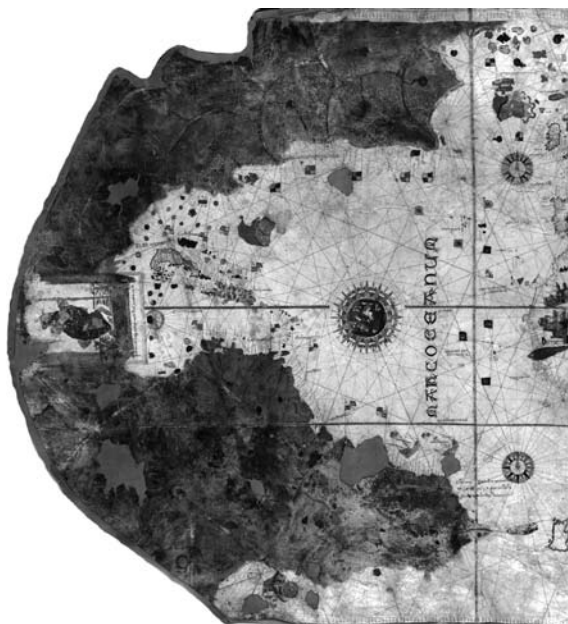
Colón decidió que las primeras tierras estaban a 800 millas de distancia, pero para defender sus ideas tenía que entrar en terrenos que no dominaba como medir un grado del meridiano de la esfera terrestre. No sabemos si efectivamente en su viaje a Guinea llegó a medir un grado de meridiano, pero lo cierto es que se decantó por la medida que le había adjudicado Alfraganus, que le había llegado a través de la *Imago Mundi* de Pierre d’Ailly o del mapamundi de fray Mauro, donde en una de sus leyendas expone los distintos valores de los grados. Para el astrónomo árabe un grado de meridiano

era igual a 56 y 2/3 leguas de 4 millas cada legua, mientras que para Toscanelli la medida del grado ecuatorial era de 66 leguas de 4 millas. Colón, y posiblemente también los transmisores de la noticia, desconocía que Alfragrano utilizaba la milla árabe que mide casi 2000 metros lo que nos daría una circunferencia en el ecuador de 20.400 millas es decir 40.000 Km. Pero Colón estaba manejando la milla itálica, usada en el Mediterráneo que mide aproximadamente 1500 metros, lo que nos daría una circunferencia de 30.400 Km. Esto es lo que posiblemente defendió Colón ante los Reyes Católicos y sus consejeros.

Ante todo no podemos olvidar que en la carta están representadas las ideas geográficas de Colón que habían movido a los Reyes a apoyarle y a muchos marineros a embarcarse con él, entre ellos a Juan de la Cosa.

La idea de Colón de que las tierras descubiertas no eran más que la parte occidental de Asia y que por lo tanto había llegado al Japón por el Oeste, está patente en la Carta de Juan de la Cosa. Estos primeros descubridores iban comprobando si los distintos accidentes geográficos se ajustaban a las relaciones de los antiguos cosmógrafos que les servían de guía. Para empezar, la primera isla lo suficientemente grande para ser Cipango fue la Española y así la consideró Colón, aunque era más pequeña de lo que indicaban las fuentes que consultó, pero siguiendo la relación de Marco Polo y de los cosmógrafos, un poco más allá de Cipango se encontraba Cathay o la parte este de Asia, con dos provincias Ciampa y Mangi. Consecuentemente detrás de Cipango tenía que estar la tierra firme, pero resultó que lo que iban encontrando y explorando no casaba con las relaciones geográficas y noticias que tenían de las Indias y de China.

Juan de la Cosa, con un trazado claro y detallado destaca la insularidad de Cuba, comunicada ya a Colón por los indígenas en el primer viaje y comprobada por el mismo Juan de la Cosa en 1499 cuando acompañó a Ojeda y Vesputio y constató en la isla la fuerza de la corriente del Golfo, frente a las opiniones de Colón, si bien, como ha señalado Silió, tanto La Española como Cuba, dibujadas de manera muy real, se sitúan erróneamente sobre el trópico de Cáncer es decir 12° al N. de su verdadera posición, probablemente para adecuarlas a la situación en que Cipango aparecía en la carta de Toscanelli y en el globo de Behain.



Las Indias o América en la Carta de Juan de la Cosa.

En el continente americano la carta recoge los tres viajes de Colón (1492, 1493, 1498) y el de Ojeda, Vesputio y el propio Juan de la Cosa en 1499. Los descubrimientos de Vicente Yáñez Pinzón llevan la indicación “*este cabo se descubrió en el año de 1499 por Castilla, siendo descubridor Vicens ians*” y la tierra que descubrió Cabral como una isla en azul ya que el portugués la consideró isla y la llamó de Vera Cruz o Santa Cruz como aparece en algunos mapas.

Vemos pues que el cartógrafo, guiado por su experiencia y la necesidad de reseñar en la carta las tierras que se iban descubriendo, se olvida de mitos geográficos precedentes y se atiene a su experiencia. A partir de este documento cartográfico el empirismo será una característica fundamental de la escuela de Sevilla que no concede lugar a la imaginación en la delineación de las cartas ya que estas eran instrumentos de información para la próxima expedición descubridora y por tanto vital para una buena navegación.

Sin embargo la zona de costa descubierta al norte de las Antillas está dibujada de manera imprecisa tanto las zonas

continentales representadas por una masa amorfa verde, como la gran cantidad de islas distribuidas al azar y muestran que el cartógrafo no tenía información de primera mano; aunque de forma no muy detallada, en la carta están señalados los descubrimientos de Juan Caboto en su primer viaje, (1498) y se pueden ver cinco banderas inglesas y la leyenda “*mar descubierta por Ingleses*”. Lo mismo sucede con la masa continental al sur de las Antillas, donde no habían llegado las expediciones españolas, y donde el trazado es muy parecido a la descripción que hace Ptolomeo, Marco Polo, y Toscanelli de China.

La conclusión de Colón, seguida por sus contemporáneos al principio, es que había llegado a la India por el Oeste, por lo que muchos mitos ligados a la India y al Oriente se desplazaron a él. Colón en su tercer viaje creyó haber descubierto en las bocas del Orinoco el Paraíso terrenal. Algunos autores entre ellos Ricardo Cerezo creen que en la carta está señalado el 4º viaje que Colón que iba a buscar un paso hacia las Indias en la zona donde está dibujado San Cristóbal para llegar la isla de Trapobana, tierra de riquezas que en la carta aparece muy resaltada y ampliada. Colón también consideraba que había sido enviado por Dios a la Nueva Jerusalén, y a encontrar Ofir y Tarsis, consecuentemente con estas ideas enroló en sus viajes a Luis Váez de Torres un intérprete que conocía el hebreo, caldeo y arábigo.

Sin embargo estas informaciones no pudieron ser ratificadas por las observaciones de Juan de la Cosa sobre el terreno. Los datos empíricos en la Carta de Juan de la Cosa nos ilustran del gradual proceso de selección rigurosa de las evidencias contrastadas y de un abandono de las noticias no verificadas pero también de la persistencia de los mitos como una forma de ver el mundo exterior por los europeos donde los lugares bíblicos ocupaban creíblemente el espacio geográfico no visitado.

Mapas posteriores a la Carta de Juan de la Cosa

El impacto de los descubrimientos de Colón fue enorme en toda Europa. En el terreno intelectual los hombres de ciencia europeos, principalmente italianos y centroeuropeos, tuvieron un papel de divulgadores de esos nuevos descubrimientos, analizándolos y poniéndolos en relación con los conocimientos de

la cosmografía clásica, a lo que contribuyó en grado máximo la imprenta.

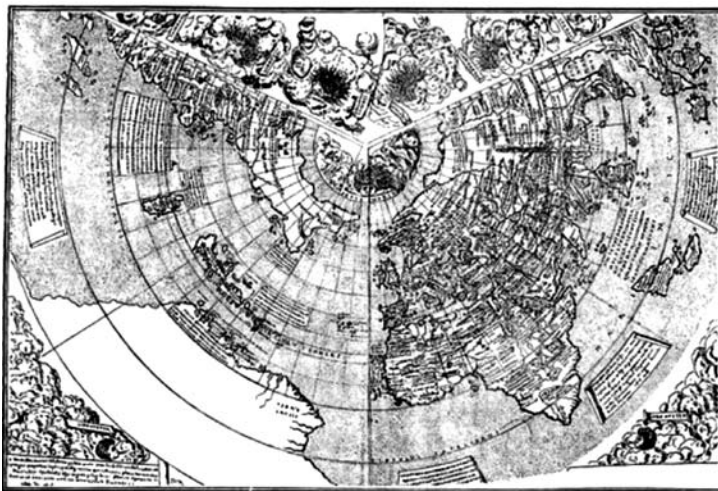
Aunque Ptolomeo era el geógrafo más respetado en el Renacimiento, diversos autores habían cuestionado ya algunos de sus postulados a la luz de la experiencia, como la teoría de un “mare clausum” entre África y Asia. Los mapas que se imprimieron principalmente en Italia y Alemania, no participaban de los intereses geográficos de los países descubridores, que eran fundamentalmente náuticos y pragmáticos, orientados al control del territorio. Los intereses de los círculos intelectuales europeos eran científicos, los mapamundis resultantes podrían ser denominados mapas cosmográficos, y sus autores, además de relacionar los nuevos descubrimientos con las concepciones de Ptolomeo, tenían un gran interés por hallar el modo de representarlos, de aquí el gran número de proyecciones que utilizaron, unas basadas en las de Ptolomeo y otras completamente inéditas.

Los problemas cartográficos que interesaban a estos cartógrafos eran si verdaderamente Colón había llegado a las Indias y, en caso afirmativo cómo armonizar sus descubrimientos con la cosmografía clásica; si la isla de Cipango era La Española o no; si la isla de Cuba era el extremo oriental de Asia como creía Colón; y si existía o no un estrecho en el cabo Hatteras que conducía a la India como se deducía de la información del viaje de Verrazzano.

En los años de 1506 a 1508 aparecieron casi simultáneamente los tres primeros mapamundis cosmográficos impresos que intentaron explicar a sus contemporáneos cultos los progresos geográficos generados por los descubrimientos de portugueses y españoles y en algunos casos procedieron a la revisión de todos los conceptos anteriores. Estos tres mapamundis se examinan a la luz de los recientes descubrimientos.

Mapamundis posteriores a Colón

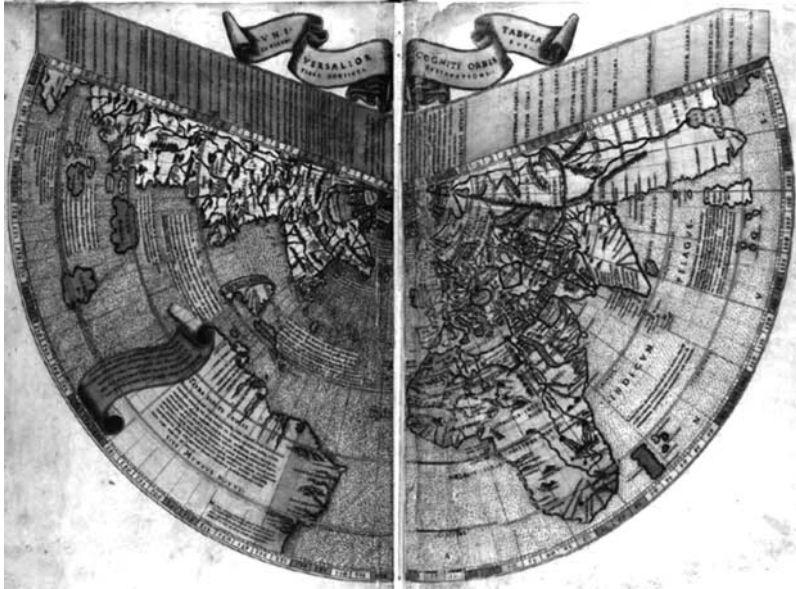
El mapamundi *Orbem terrarum in planam et maria [varia] omnia mappam Europam Lybiam: atque Asiam Antipodesque redegit...* es más conocido como Mapamundi de Contarini-Roselli, Florencia, 1506, y mide 42 x 63 cm



Mapamundi de Contarini-Roselli, 1506

El autor creyó, como Colón en quien se inspira, que las tierras descubiertas se encontraban dentro y alrededor del extremo este del continente asiático pero planteó un nuevo continente separado de aquél.

El mapamundi de Johannes Ruysch titulado *Universalior Cogniti orbis tabula ex recentibus confecta observationibus*, que mide 40,5 x 53,5 cm, se cree que apareció en algunos ejemplares de la edición de la *Geographia* de Ptolomeo, hecha en Roma por Marco Beneventano, de 1507. Ruysch señala en su mapamundi una *Terrae de Sancta Crucis sive Mundus novus* y una nueva figura de África, inaugurando un segundo período de la cartografía ptolemaica del Renacimiento.



Planisferio de Johannes Ruysch, 1507

Los descubrimientos están despersonalizados, ya no se habla de Colón sino de españoles y lusitanos y uno de los pocos personajes citados es Marco Polo, aunque Asia está trazada a la luz de los últimos descubrimientos portugueses. El autor reconoce, como muchos otros en su tiempo, que no se puede aplicar la geografía de Ptolomeo más al este de la península de la India.

Hay que anotar la perplejidad del cartógrafo que la representación del nuevo mundo sugiere. El océano Atlántico ha desaparecido ante un océano sin nombre que no sabe cómo llamar. Las tierras descubiertas son claramente la antesala de Asia, donde aparecen los topónimos del relato de Marco Polo. La isla de Cuba aparece considerablemente agrandada y su costa oeste interrumpida por un rótulo que dice: *hasta aquí llegaron las naves de Fernando rey de España* para evitar definirla como una isla (Contarini) o unida a Asia. En la parte de Sudamérica, que tiene más y mejor información que el mapa de Contarini, aparece por primera vez, en un mapa impreso, una inscripción con el nombre de *Mundus novus*³.

³ En un mapa manuscrito aparece en la carta universal de Pesaro, c. 1505 que se atribuye a Vesputio.



Planisferio de Waldseemüller, 1507

El mapamundi *Universalis Cosmographia Secundum Ptolemaei Traditionem Et Americi Vesputii Aliorumque Lustrationes* o *El mundo según la tradición de Ptolomeo y los viajes de Americo Vesputio y otros*, Estrasburgo, 1507 de 132 x 260 cm, hecho por Martín Waldseemüller, pretendía relacionar el mundo antiguo y el mundo nuevo, representados por los retratos de Ptolomeo y Vesputio, respectivamente. El mapamundi de Waldseemüller es el primer mapa conocido, donde en una proyección cónica modificada, la segunda proyección descrita por Ptolomeo en su obra, se representan los 360° de la tierra. El mapa tiene mucha influencia del de Martellus, también mural, de c. 1490, que era muy conocido. Europa y Asia están basadas en Ptolomeo. África en fuentes portuguesas con muchos topónimos a lo largo de la costa.

Lo verdaderamente nuevo es que las Antillas aparecen flanqueadas por dos estrechas franjas de tierra, separadas entre sí por un estrecho y rodeadas por un océano que las separa de Asia. Al noroeste de Cuba, que tiene una posición extraña y casi unida al continente, aparece una tierra que sería la costa de China, según la idea de Colón, pero cuyos topónimos son españoles no ptolemaicos; al oeste de ella se rotula: *tierra ulterior incógnita*, junto con una bandera de Castilla y León. La representación de un estrecho entre América del norte y del sur en el mapamundi y su omisión en el planisferio pequeño nos vuelve a indicar las dudas

del cartógrafo que no conocía aún el fracaso de las expediciones españolas en Centroamérica.

La parte sur del continente, que el cartógrafo llama América, está señalado el viaje de Américo Vesputio de 1501-1502 como lo indica la bandera portuguesa que cierra el extremo sur de él; y un barco portugués que navega hacia el sur del continente.

Para terminar queremos resaltar que la carta de Juan de la Cosa es un documento cartográfico excepcional que participa de las convenciones cartográficas medievales y cuya información geográfica se nutre en su mayor parte de la tradición clásica y de los mitos medievales pero que es totalmente empírica en la representación de las nuevas tierras descubiertas donde se representa solamente lo realmente visitado como lo demuestran los topónimos que fueron dando los sucesivos descubridores, y la información de primera mano que maneja el cartógrafo cuando señala a quien se debe una parte descubierta y hasta donde se llegó en las distintas exploraciones.